

Lo religioso en la sociedad europea contemporánea

LLUIS DIUMENGE

Hermanos en Catequesis es un grupo de lasalianos preocupado por anunciar el evangelio y posibilitar la experiencia cristiana. Sin representación alguna. Movilizado para acoger la compleja problemática individual y colectiva de los hombres y mujeres de un confuso y fecundo siglo xx, en su recta final hacia el tercer milenio.

La reunión de Saint Etienne (28-29 de diciembre de 1989) estuvo precedida de una labor mentalizadora previa. A lo largo del año, habíamos intercambiado siete artículos o testimonios pluriculturales. Selección bibliográfica apta para ilustrar la temática que iba a aglutinar el trabajo en común: *el estatuto de lo religioso en esa indefinible sociedad nuestra*.

Metodología innovadora que permitiría elaborar propuestas con ulterior incidencia en el acto catequético.

La trama de la sesión abrazaría, entre otros, tres ejes fundamentales: lo religioso en una sociedad en cambio, jóvenes e institución eclesial y prospectiva de la escuela católica.

¿Asistimos a un retorno de lo religioso? Algo se mueve. Incluso llega a desconcertar. ¿Puede colocarse todo bajo la misma cúpula? ¿Cómo salvar la originalidad de la fe cristiana?

Las aproximaciones —estricta o amplia— a lo religioso conducen a un callejón sin salida. La primera aproximación reitera indefinidamente el análisis de la pérdida de la religión en el mundo moderno. Mientras que la alternativa se abre sobre el reconocimiento de la dispersión, intelectualmente no dominable, de símbolos religiosos en las sociedades europeas contemporáneas, particularmente en el bloque occidental.

Cualquiera de las dos constituye una respuesta defendible, pero radicalmente limitada a la cuestión de la localización de lo religioso en la modernidad. O bien no está en ninguna parte o está en todas. El problema no radica en delimitar mejor lo religioso, sino en captar sociológicamente la significación de la imposibilidad en que se halla la investigación para distinguir, de manera satisfactoria, los contornos del ámbito religioso.

La sociología de la modernidad religiosa debe partir de esta impotencia reconocida sobre la localización de lo religioso.

El creer religioso de las sociedades contemporáneas no remite a objetos de creencia particular, ni a prácticas sociales específicas ni tampoco a representaciones originales del mundo, sino que está caracterizado por el modo particular de legitimación del acto de creer. La credibilidad de la fe cristiana va vinculada a la tradición, no al poder.

La experiencia religiosa, desde la sociología, es un conjunto de juegos de memoria que constituye la dinámica activa de la religión. Afirmar esto equivale a admitir que se puede considerar como fenómenos religiosos plenos todas las manifestaciones del creer que tienen como propio inscribirse explícitamente en continuidad de una afirmación que les ha precedido, y que fun-

da, a la vez, una relación particular con el presente y una expectativa para el porvenir.

Así como nuestros padres en la fe creyeron, y precisamente porque creyeron, también nosotros creemos.

Recurrir al pasado es legítimo. Máxime cuando permite regular la situación presente y proyectar el futuro.

Indudablemente lo que puede iluminar esta cuestión es una verdadera noción de *Tradicición*: realidad viva y no simple transmisión material de algo que sería reconsiderado tal cual. La novedad del Vaticano II consistió, en parte, en admitir la historicidad de la Iglesia, de la Sagrada Escritura... Historicidad no equivale a decir algo totalmente nuevo.

La simple reproducción de lo que ha sido supone la permanencia en el tiempo del grupo social en que la Tradición ha cobrado cuerpo y se ha mantenido. El recurrir a la misma permite hacer memoria, seleccionar determinados aspectos. Se asume lo anterior. Pero en condiciones originales. Comporta, en potencia, la dimensión innovadora.

Así pues, la reivindicación de continuidad no está reñida con la creatividad del grupo portador de Tradición. El entronque de la religión en la sociedad moderna supone avances lentos y regresivos.

Posible preludio de alborear de tiempos nuevos. Con producción de significaciones nuevas, valores nuevos y prácticas nuevas.

La inflación del análisis teórico, amén de arduo, podía involucrar ineptitud en el actuar. Tras escrutar en demasía el mar, cabe perder el valor de embarcarnos.

Conviene hacer autocritica en torno a este punto. Existe, a menudo, la tendencia a opinar y, una vez expresadas las ideas, todo ha concluido. Nada más equivocado. Hay que aplicar concretamente la idea de cara al público al que se dirige.

Casi sin pretenderlo, profesionalidad obliga, intentamos crear respuestas para unos destinatarios que constituyen nuestra razón de ser. Y acercar, de algún modo, los jóvenes a la Iglesia y viceversa. La Iglesia sin renunciar a lo que puede ofrecer debe llegar a la comprensión empática. Si no escucha, la distancia respecto a los jóvenes se agrandará.

A bien pocos escapará que media incompreensión entre ambas instancias: juvenil y eclesial. Ellos y ellas viven valores diversos..., se alejan de las instituciones... con un bagaje religioso-cultural ínfimo... víctimas de desestructuración existencial... Carentes de espíritu crítico, todas las religiones les parecen lo mismo. Tratan de la fe como de la vasta oferta de un supermercado. Eligen el producto que les satisface en el instante. Sus compromisos son muy puntuales (solidaridad con Rumanía...). Algo concreto, eficaz e interpersonal. Viven su fe a nivel íntimo. Más afectivos que intelectuales, aman encontrarse juntos y celebrar fiestas.

En una época de mutaciones sociales tan rápidas como la post-moderna, asistimos a la generación espontánea de cenáculos cuyos adeptos reciben el carisma de «lenguas de fuego» que les transforma, de la noche a la mañana, en predicadores apocalípticos.

La vibración emocional del Monte del Gozo, donde acudieron cientos de miles de jóvenes, debe ser respaldada por la conducta. La solidaridad para compartir es quehacer a realizar no en encuentro fugaz y clamoroso..., sino a lo largo de toda una vida. El futuro dirá hasta qué punto los nuevos evangelizadores van a liberar energía apostólica.

El carisma de san Juan Bautista de La Salle aparece asombrosamente actual. Entre otros motivos, por la importancia de la escuela en la evangelización de los jóvenes. Los Hermanos, por vocación, son catequistas. Su rica espiritualidad debe conducirles, además, a promover agentes de pastoral juvenil, capaces de sintonizar con los adolescentes y transmitirles, con su palabra y cercanía alentadora, lo esencial del mensaje cristiano.

Aunque el concepto de escuela católica no presuponga que todo el alumnado sea católico, debiera existir coherencia entre el acto de enseñar y la pedagogía de la fe.

Si la escuela católica persigue, casi en exclusividad, obtener éxitos académicos, otorgar títulos, conseguir excelentes profesionales... tendrá todos los alumnos que desee. Mas, si es indiferente a la enseñanza religiosa escolar, a la catequesis... ¿seguirá mereciendo este nombre? ¹

Desde el espíritu del Fundador cabe criticar la escuela lasaliana e interrogarse: ¿Cuál es su grado de integración con la Iglesia local y universal? ¿Cómo se lleva a término la formación personal global de todo el alumnado? ¿A qué niveles de formación catequética, teológica, litúrgica... han llegado todos/todas los profesores/as? ¿Cuál es el grado de sensibilización de los Hermanos respecto a la fe y al celo, con todas sus implicaciones? ¿Actúan como simples funcionarios, reproductores del aparato sociológico de la sociedad?

Una escuela, animada por comunidad religiosa, debería ser hon-tanar de movilidad e instancia profética. Porque cada religioso/a es una persona sensible a la presencia de Dios y para vive en actitud de renunciar al poder y al prestigio. Vive valores ocultos del Reino. Y esta es la principal motivación de su creatividad.

¿Cómo hacer para vivir la atracción de Dios y promover la libertad frente a la esclavitud que aspira a hacer perdurar lo que ya existe? ¿Crear nuevas obras o mantener las ya existentes? Orar y pedir vocaciones, ¿para qué? ²

Preveía un tranquilo regreso a casa —vía Lyon y Valence—. En compañía de lecturas apreciables. En *Le Monde* (30 de diciembre, p. 9) degusté la convesación de Henri Tincq con el carde-

¹ Cfr. Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae*, n. 69.

² La Nochebuena pasada participé en la Eucaristía parroquial de Guadalupe. Sus titulares, misioneros del Espíritu Santo, celebraban el 75.º aniversario de su fundación. En la homilía, invitaron a la asamblea, no a pedir vocaciones, sino a implorar la conversión de todos los misioneros. Sin ella, carecería de sentido impetrar vocaciones.

nal Ratzinger. El periodista se interesaba acerca del centralismo y autoritarismo de Roma, así como sobre la función del teólogo.

El Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe aludía a que mientras «el mundo se encamina hacia su unificación, es obvio el peligro de fragmentación espiritual».

Teólogos, sacerdotes y católicos militantes «están más expuestos a confrontación de mentalidad moderna con la fe de la Iglesia, por hallarse situados en la frontera de dos mundos en conflicto».

«La función del teólogo es, efectivamente, la de enseñar, pero también la de profundizar en los datos de la fe, hallar respuesta a nuevos problemas y, también, a veces, criticar. Pero el derecho de criticar se detiene ante el deber de amor a la Iglesia y respeto a su magisterio... Debe encontrar el justo equilibrio entre el respeto del magisterio, el bien de los fieles y la exigencia de una reflexión intelectual rigurosa».

El teólogo se encuentra medularmente comprometido ante dos fidelidades: a Dios y al hombre, a la fe y a la razón.

La crítica ¿no puede ser también un servicio y acto de amor a la Iglesia? ¿Se promueve mejor la verdad y la unidad vía impositiva (con las secuelas sobradamente conocidas) o vía concertación, a través de un diálogo respetuoso con opiniones y sensibilidades pluriformes? ¿Acaso no existen, en la historia, ejemplos de santos y santas críticos respecto a personas y actuaciones jerárquicas de su propia coordinada espaciotemporal? ¿A qué obedece que la tentación purista siga acechando a todas las Iglesias? ¿Si el magisterio pudo equivocarse en el pasado (persecución militar de herejes y paganos, espíritu de cruzadas o de inquisición, procesos de brujas...) no podrá ocurrir lo propio en el presente o en el futuro? *La misión de la Iglesia estriba en reafirmar la esperanza y resistir al mal en Europa hodierna.*

El Talgo se detuvo en Sète. La media hora que nos anunciaron, al final, tuvimos que decuplicarla. Los cultivadores de ostras

protestaban y reivindicaban. Los pasajeros aprovechamos para confraternizar. *Dispusimos de tiempo y paciencia.*

Ejercicio propedéutico para recapitular las premisas de Saint Etienne y adiestrarse para seguir infundiendo savia nueva a la escuela católica y acercar a los jóvenes³ a la Iglesia. Para que la efervescencia actual de lo religioso les permita sortear el Scylla de los fundamentalismos sin caer en el Caribdis de las sectas o del mercantilismo religioso.

Tiempo y paciencia necesitaremos cuantos navegamos, gozosamente, en el mar de la educación en la fe.

³ Para contribuir al conocimiento y acercamiento de la juventud española en este momento de la historia, reflexiónese sobre el informe-estudio sociológico: *Jóvenes españoles-89*, S.M., Madrid, 1989, 380.